

# La Prensa Obrera en España<sup>(1)</sup>

Por VICTOR MANUEL ARBELOA

## 1. LAS EPOCAS DE LA PRENSA OBRERA

Por razones de claridad y de racionalidad de trabajo, he dividido mi estudio sobre la prensa obrera en nuestro país en tres grandes épocas: la primera comprende los años 1869-1899; la segunda, los años 1900-1923, y la tercera, el período 1923-1939. Dejo, en principio, la etapa anterior a 1869, año de la fundación de la Internacional en España, porque la considero prehistórica, sin que la olvide en un momento posterior, y no pienso tampoco por ahora estudiar la época que va desde 1939 hasta hoy, porque apenas existe prensa obrera legal—unos pocos periódicos y revistas de los movimientos católicos obreros—; y la clandestina que se publica fuera de España es por ahora, en muchos casos, inencontrable, inclasificable y sujeta a demasiados vaivenes. Queda, sin embargo, como punto lejano que tocar.

Pero dentro de cada una de estas divisiones, hechas un poco a capricho, hay límites mucho más exactos, que corresponden generalmente a tiempos marcados por las condiciones socio-políticas de España, determinantes directamente de la marcha de las publicaciones del movimiento obrero.

Por eso, en esa primera época general, 1869-1899, podemos distinguir:

---

(1) Este artículo supone el estudio «Sobre la prensa obrera en España», I (1869-1899), que publiqué en *Revista de Trabajo*, de Madrid, núm. 30, 1970, págs. 117-195. Propiamente, lo publicado allí es la parte documental del estudio, en forma de fichas de cada periódico, para hacer más fácil la lectura. El trabajo—quiero subrayarlo desde el principio—es muy provisional e imperfecto, no exento de errores. Desde que lo terminé he podido ver muchos nuevos documentos y hasta varios periódicos nuevos, lo que modifica en gran parte lo ya hecho. He añadido muchas páginas y he corregido también bastantes. No obstante, creo que allí está el trabajo fundamental y puede servir, por ahora. En los siguientes números de la revista iré publicando, en diversas entregas, el fruto de mis investigaciones sobre el período 1900-1923. Como complemento del presente artículo, cfr. *Bibliografía*, apartado 07, en este mismo número de REVISTA DE FOMENTO SOCIAL.

### 1.1. La época del nacimiento y desarrollo de la I Internacional en España hasta 1874

Tras la visita a España de Fanelli—miembro de la Internacional y de la Alianza de Bakunin—aparecen los primeros grupos internacionalistas: el de Madrid, en diciembre de 1868, para reorganizarse al año siguiente, en que nacen también el grupo de Barcelona y Palma, para continuar creciendo hasta la escisión de 1872 y 1873. Los delegados españoles asisten a los congresos internacionales; se celebran los primeros congresos de la Internacional en España: Barcelona (1870), Valencia (1871), Zaragoza (1872), Córdoba (1873). Aunque desde septiembre de 1871, y por influencia sobre todo de la Comuna de París, la espada de Damocles pende sobre la asociación obrera, no llega su forzosa disolución hasta 1874.

En este período salen a la luz algunos de los periódicos más importantes en toda la historia de la prensa obrera española. Basta citar aquí—luego volveremos sobre ellos—«La Federación», de Barcelona, fundado y dirigido al principio por el aliancista e internacionalista Rafael Farga Pellicer, que comienza el 1 de agosto de 1869 y termina el 3 de enero de 1874; «La Solidaridad», de Madrid, órgano de la Internacional, que dura todo el año 1870; «El Obrero», que aparece poco antes en Palma, y que no he podido ver en parte alguna; «La Emancipación», de Madrid (junio de 1872-abril de 1873), primero órgano de la Comisión federal y luego del grupo marxista expulsado de la sección española; «El Condenado», de Madrid (febrero de 1872-enero de 1874), dirigido por el aliancista Tomás González Morago, que libró una lucha sin cuartel contra «La Emancipación» de la segunda época; «La Revista Social», de Barcelona (agosto de 1872-20 de noviembre de 1880), dirigida por José García Viñas, fundador del núcleo internacionalista de Barcelona, y que fue una de las pocas publicaciones del primer período—¿la única?—que continuó tras la disolución de la Internacional, sin duda por ser órgano de la Unión Manufacturera; el «Boletín de la Federación Regional Española», que salía en Alcoy (enero de 1873-julio del mismo año), órgano de la Comisión Federal.

Otras muchas publicaciones ven la luz en estos años fundacionales, de las que después haré una rápida mención.

### 1.2. 1874-1881, época de clandestinidad y represión del movimiento obrero

El Decreto de Serrano y García Ruiz del 11 de enero de 1874 disuelve la Internacional española. El 27 de junio se celebra el congreso clandestino de la Federación regional española en Madrid, al que asisten delegados de las 47 Federaciones locales; desde entonces sólo se tendrán en este período dos conferencias comarcales cada verano. El 2 de mayo de 1879 se constituye en Madrid el partido socialista obrero español, que llevará una vida larvada hasta 1888.

Apenas se editan periódicos obreros en esta época, de los que se conservan poquísimos y ninguno importante.

### 1.3. 1881-1899, período de relativa calma y expansión del movimiento obrero

En febrero de 1881, los dirigentes obreros federales disuelven en Barcelona la ilegal Federación regional española, tras la caída de Cánovas y la subí-

da al Poder de Sagasta, y en septiembre del mismo año un congreso tenido en la misma ciudad, constituye la Federación de Trabajadores de la región española, organización pública y legal, con las mismas características y propósitos de la anterior. Asisten representantes de 140 organizaciones obreras que, a excepción de ocho socialistas, se declaran anarquistas colectivistas.

La Federación celebró un segundo congreso en Sevilla (1882) y un tercero en Valencia (1883); aunque este último congreso condenó los delitos atribuidos a la «Mano Negra» y todo tipo de actos ilegales, la represión deshizo casi por completo a la Federación, que celebró, con todo, un cuarto congreso en Madrid (1887). Mientras tanto, una Federación de resistencia al capital, llamada Pacto de Unión y Solidaridad, se constituía en congreso en Barcelona, sobre base anarquista, en 1886, y un año más tarde en Valencia. En esta misma ciudad, en septiembre de 1888, la Organización Anarquista de la Región Española sustituía a la anterior Federación, y se componía de grupos y personas con un centro de relaciones.

Los días 12-14 de agosto de 1888 se fundaba en Barcelona la Unión General de Trabajadores (U. G. T.), de tendencia y dirección socialistas, con 27 secciones y 3.355 federados, especialmente miembros de la Federación Tipográfica, en manos de los socialistas. Ocho días más tarde, y a propuesta de la agrupación madrileña, en otro congreso, también en Barcelona, se constituía definitivamente el Partido Socialista Obrero Español, con 18 delegados que representaban a 20 agrupaciones. Desde entonces y hasta fines de siglo, el partido socialista celebró cuatro congresos: Bilbao (1890), Valencia (1892), Madrid (1894) y de nuevo en la misma capital (1899), contando ya en este último con 45 agrupaciones. La Unión General tuvo seis congresos: Bilbao (1890), Valencia (1892), Madrid (1894), Valencia (1896) y Madrid (1899); en esta última fecha la Unión contaba ya 48 secciones y 6.437 federados; se acordó trasladar el Comité nacional de Barcelona a Madrid.

La Ley del 30 de junio de 1887 autorizaba la constitución de sindicatos obreros. En 1890 comenzó a celebrarse, por vez primera, el Primero de Mayo, pero de muy distinta manera entre socialistas y anarquistas. El 26 de junio del mismo año se establecía el sufragio universal en España; en las elecciones municipales de mayo del año siguiente, el partido socialista presentaba sus primeros candidatos en Bilbao y en San Salvador del Valle; sólo en 1897 salieron elegidos tres concejales socialistas en la capital vizcaína. Desde 1897 presentaban también los socialistas candidaturas a diputados a Cortes.

En 1891, y a raíz de la «Rerum Novarum», comienzan a tomar relieve los círculos católicos de obreros, que había echado a andar, ya en 1880, el Padre Vicent.

Este mismo año comienza la agitación campesina («rabassaire») en Cataluña, que durará hasta 1896. Se suceden las huelgas generales de inspiración anarquista en toda España. Es la época de los atentados sociales, asesinatos de hombres políticos, sublevaciones obreras y campesinas, seguidos de crueles e indiscriminadas represiones que continúan hasta finales de siglo. Son ya célebres los procesos de Jerez contra los anarquistas, en enero y febrero de 1892; el atentado de Paulino Pallas contra el general Martínez Campos en Barcelona (24 de septiembre de 1893); las bombas en el Liceo de la misma ciudad (7 de noviembre del mismo año), durante la procesión del Corpus (7 de junio de 1896); el asesinato de Cánovas del Castillo por Angiolillo, anarquista

italiano (9 de agosto de 1897); los procesos de Montjuich (1894 y 1897), coreados por tempestuosas campañas de protesta dentro y fuera de España. Se multiplican también las leyes contra la anarquía estos años.

Aunque los socialistas no están de acuerdo con el pensamiento y menos con la conducta de sus enemigos tradicionales, promueven o sostienen las campañas contra la actitud represiva del Gobierno, uniéndose muchas veces también los grupos republicanos, con los que, aunque sólo tácitamente por ahora, colaboran los socialistas, como en la campaña electoral legislativa de 1899.

Socialistas y anarquistas representan sus respectivas agrupaciones en los numerosos congresos internacionales de este tiempo.

No faltan tampoco entre ellos, como luego iremos viendo, escisiones, secesiones, tendencias batallonas, luchas personalistas, que a veces dan origen a la creación de diversos órganos de expresión.

La prensa recoge, evidentemente, todo este agitado, complejo y, al mismo tiempo, fecundo estado de cosas.

El 12 de marzo de 1886 sale a la luz el primer periódico oficial del nuevo partido socialista, semanario que se convertirá en diario el 1 de abril de 1913 y durará hasta el fin de la guerra civil, continuando su publicación en el exilio hasta hoy. Se llama «El Socialista», a imitación de su homónimo francés, dirigido por Guesde; lo dirige Pablo Iglesias hasta su muerte (1925) y de una manera más austera y menos rica a la vez continúa la tradición de «La Emancipación», de la que también Iglesias fue redactor, dentro de la más pura ortodoxia marxista. Al órgano oficial se le añadirá en Bilbao, desde el 7 de octubre de 1894, «La Lucha de Clases», que se editará hasta octubre de 1934. Unos pocos periódicos socialistas, repartidos por toda la Península, harán coro a estos dos hermanos mayores.

La prensa anarquista es abundantísima en esta tercera época.

De los 96 periódicos de esta época general (1869-1899) estudiados por mí, 80 pertenecen a este período. Sobresalen entre todos ellos «Acracia», de Barcelona (enero de 1886-junio de 1888), fundado por Farga Pellicer y Anselmo Lorenzo, con la cooperación de Tárrida del Mármol. Según Manuel Reventós, «es probablemente la más pensada, mejor escrita y más cuidadosamente impresa de las muchas que ha engendrado el anarquismo entre nosotros». Deben citarse también «Bandera Social», de Madrid (22 de febrero de 1885-21 de enero de 1887), que se refunde en «El Productor», que aparece en Barcelona desde el 1 de febrero de 1887 al 21 de septiembre de 1893. Primero diario, hasta el número 32 (11 de marzo de 1887), y luego semanal, es la publicación más importante del tiempo, en la que colaboran los mejores escritores anarquistas del momento; «La Revista Blanca», que se edita en esta época en Madrid y que durará hasta 1936 en su sede de Barcelona, fundada y dirigida por Federico Urales («Juan Montseny»), subtitulada «Publicación quincenal de Sociología, Ciencias y Artes», de divulgación científica y literaria, en la que colaboran muchos de los personajes literarios y políticos no anarquistas, como Unamuno, Giner de los Ríos, Manuel Cossío, etc.; «Ciencia Social», de Barcelona (octubre de 1895-junio de 1896), «Revista mensual de Sociología, Artes y Letras», abierta también a la colaboración de propios y extraños: Unamuno, Verdes Montenegro, Pompeyo Gener, etc., y en cuya portada se escriben los nombres de Proudhon, Coubert, Darwin, Marx y Bakunin.

## 2. LAS DIFICULTADES DE LA INVESTIGACION. LOS PRECURSORES

Que yo sepa, sólo dos autores han estudiado sistemáticamente la prensa obrera en España: el historiador número uno del anarquismo, Max Nettlau, y la profesora francesa Renée Lamberet. El primero ha dejado esparcidos en sus numerosas obras datos y noticias sobre la bibliografía del movimiento obrero español, especialmente en su rama anarquista, dándonos un breve resumen de títulos y fecha en su «Biographie de l'Anarchie», Bruxelles, 1897, libro prologado por Elisée Reclus. De los periódicos que yo he visto y estudiado, Max Nettlau cita en su libro casi todos—entre los anarquistas, ya se entiende—; pero sus citas, además de extremadamente sucintas—no suelen pasar de tres líneas—, están llenas de errores, de dudas, de silencios, lo que me hace pensar que en muchos casos no vio los periódicos. Entre los de tendencia anarquista—recordemos que su libro se edita en 1897—no menciona «A los Obreros» (Madrid, 1875), «El Chornaler» (Valencia, 1883-1884)—¿era realmente anarquista?—, «El Invencible» (Zaragoza, 1895), «El Revolucionario» (Gracia-Barcelona, ¿1891?), «La Tribuna Libre» (Sevilla, 1891-1892).

En cambio, yo no he visto ninguno de estos periódicos que él menciona en su libro citado, páginas 140-144: «El Obrero» (Palma de Mallorca, 1869 a 1871), «El Rebelde» (Granada, 1870), «El Derecho y el Orden» (Córdoba, 1873), «La Voz del Trabajador» (Bilbao), «El Trabajo» y el «Boletín de la Asociación de Trabajadores» (El Ferrol), «La Justicia» y «El Internacional» (Málaga, 1872 a 1873), «El Obrero» (Sabadell), «La Legalidad» (Gracia), «El Tejedor» (Valls), «Los Descamisados. Organó de las últimas capas sociales» (30 marzo 1873 sq.), «Las Represalias» (en 1872, «le n.º 5 est du 15 juin»), «El Orden. Hoja Socialista de Propaganda y de Acción Revolucionaria» (1875-77 (?), «le n.º 48, cité dans le «Bulletin» jurassien, est du 14 octobre 1877»), «La Revolución Popular» (feuille d'action révolutionnaire, automne de 1877), «El Movimiento Social» (1880), «El Autonomista» (1881; «j'ignore si ce journal n'a pas paru avant cette date»), «El Hijo del Trabajo» (Pontevedra, 1882), «El Cosmopolita» (Valladolid, «1 aout 1884 sq.»), «Unión Obrera» (Barcelona, «revue mensuelle, 1885»), «El Esclavo Moderno» (Villanueva y Geltrú, 1886), «La Lucha Obrera» (La Coruña, 1886), «El Cuarto Estado. Revista ácrata bimensual» (Orense, 1886-87).

Evidentemente, estos periódicos se citan en otros periódicos, en las actas del Consejo Federal, en libros del tiempo; pero vuelvo a dudar de que Nettlau los haya visto. Por su manera de citar—dentro de su habitual desorden, que yo he respetado todo lo posible—, me inclino por la negativa. La dificultad de conservación de tales periódicos se acrece porque—como ya lo nota Nettlau—desde 1874 hasta 1881 los periódicos serán secretos.

Renée Lamberet ha dedicado al tema todo un libro, que ha sido para todos los estudiosos del movimiento obrero español algo así como el «Catón» de nuestros ya lejanos años de escuela. El libro se titula «Mouvements ouvriers et socialistes» (Chronologie et Bibliographie): «L'Espagne» 1750-1936, publicado por Les Editions Ouvrières de París en 1953, dentro de la colección Mouvements Ouvriers et Socialistes, Chronologie et Bibliographie, dirigida por Edouard Dolléans et Michel Crozier.

No es fácil agradecer la inmensa labor llevada a cabo por esta benemérita investigadora, pero tal vez por querer ser sus discípulos, con seriedad, no podemos callarnos nuestras críticas, que no intentan otra cosa que continuar su precioso trabajo.

Renée Lamberet ha podido ver, con calma y detención, muchos periódicos que Nettlau no pudo ver, especialmente en las colecciones recogidas en el International Institut vóór Soziale Geschiedenis, de Amsterdam, y otros fondos. Pero muchas veces su manera de citar es incorrecta y deficiente, sin señalar nunca los casos en que no ha visto las publicaciones—que son muchos—y omitiendo un buen número de ellas, sobre todo entre las no anarquistas.

Lamberet incluye, además, muchas publicaciones que no son obreras ni socialistas, haciendo casi siempre una división aparte. Este es un criterio discutible, pero a las veces forzosamente necesario, si no se quiere dejar al margen periódicos y diarios de suma importancia para el movimiento obrero. Yo mismo, aun proponiéndome estrictamente la sola inclusión de periódicos obreros, he faltado varias veces a este principio; así, he incluido un periódico de inspiración y hasta disciplina federal como «El Campesino» (Vendrell, 1895-1896), reformistas como «El Ideal del Pueblo» (Sabadell, 1889) y hasta burgueses paternalistas, aun autodefiniéndose «amigos del obrero», como los católicos «El Amigo del Obrero» (Barcelona, 1895-1908) y «El Obrero Católico» (Madrid, 1895-1896). No es nada fácil, pues, someterse a una disciplina rigurosa en este punto y, en mi caso, he de tomar una actitud severa porque, de otro modo, centenares de publicaciones federales, demócratas, pseudoobrерistas tendrían que ocupar su puesto dentro del estudio.

La profesora francesa cita—págs. 53-58—casi todas las publicaciones mencionadas por Nettlau que yo no he encontrado, citando también algunas fuentes de esas menciones, como Francisco Mora (se refiere, sin duda, a su libro «Historia del Socialismo Obrero Español», Madrid, 1902) y Juan José Morato (sin duda, también a su libro «Historia de la Sección Española de la Internacional, 1868-1874», Madrid, 1930). Corrige a Nettlau en algunos puntos; sitúa «Las Represalias» en Madrid y en 1874; «El Orden», también en Madrid y de 1875 a 1878. No cita, entre las señaladas por el historiador austríaco, «El Obrero» (Sabadell), «El Derecho» (Córdoba), «La Legalidad» (Gracia), «El Tejedor» (Valls) y «El Autonomista». «El Tejedor», de Valls, es citado a menudo en «La Federación» desde mayo de 1871; cuando en el sexto congreso de La Unión Manufacturera, del 3 al 6 de agosto de 1873, en Barcelona, se reorganizó La Unión sobre la base de Federaciones de oficio, la Federación de Trabajadores a Mano decidió publicar su viejo órgano «El Tejedor», mientras las otras Federaciones siguieron con «La Revista Social» (2). «El Derecho» se cita sin mencionar el lugar de edición, en las actas del Consejo federal, en fecha 6 de agosto (3). Los dos periódicos son citados—situando a «El Derecho» en Sevilla— en el folleto de Carl Hillman «Die internationale Arbeiterassociation (1864-1871): ihre Geschichte, Programm und Tätigkeit», Leipzig, s. d. (¿1871?), página 14. El mismo folleto, que cita «La Emancipación», «El Obrero» y «La Federación», entre los órganos obreros, menciona también «El Grito de Guerra», de Madrid, y «endlich ein Organ in Valladolid». «El Grito de Guerra» aparece en las actas del consejo federal, fecha 7 de julio de 1871, pero sin especificar que se trate de un periódico obrero: «El día 7 se contestó a unos propagandistas de nuestra causa en Granada y a cierto ofrecimiento hecho por la redacción de «El Grito de Guerra» (4). Oscar Testut, en su libro «Association internationale des Travailleurs», Lyon, 1870 pág. 65, cita, junto a «La Solidaridad», de Madrid, «La Federación», de Barcelona, y «El Obrero», de Palma, «La Lega-

(2) Ver La Federación, núm. 206, 9 de agosto de 1873.

(3) Actas de los Consejos y Comisión Federal de la Región Española (1870-1874), tomo I. Transcripción y estudio preliminar por Carlos Seco Serrano, Barcelona, 1970, pág. 68.

(4) Ob. cit., I, pág. 66.

lidad», «paraissant a Gracia, en Catalogne», dando como revistas socialistas que aparecen en Madrid las dos revistas republicanas «Justicia Social» y «El Proletariado» (confusión, sin duda, con «El Proletario»).

Entre los no citados por Nettleau, y que yo no he podido ver, cita Lamberet esta larga lista de títulos (págs. 55-78 de su libro, citado): «El Petróleo» (Madrid, 1873, anarquiste), «El Cantón Murciano» (Carthagene, 1873, Organo de la «Junta Soberana de Salvación de Cartagena»), «La Solidaridad» (Barcelone, 1874-1876), «Bandera Social», Madrid, 13 septiembre 1878, sp.), «El Esclavo Moderno», Barcelone, 1881-1885, anarquiste), «Los Parias» (Barcelone, 1881-1885, anarquiste), «Crónica de los Trabajadores de la Región Española (Barcelona, 2 déc. 1882-1883, fondée apres le Congres de Seville, organe de la Fédération, publiée par la Commission Fédérale), «La Crónica» (Madrid, 1883, anarquiste), «El Defensor» (Cádiz, 1883), «La Luz» (Barcelone, 1 novembre 1885-1886, fondée par Rosendo Arús; rédacteurs, José López Montenegro, «Pitarra», Cristóbal Litrán, etc.), «Eco del Proletariado» (Sans, 1885), «La Unión Obrera» (El Ferrol, 1885, anarquiste), «El Condenado» (Barcelone, 1886, anarquiste; premiere quotidien ouvrier en Espagne, pendant 27 jours), «La Organización Obrera» (Barcelone, 1886, collaborateur, A. Lorenzo), «La Protesta Humana» (Barcelone, 1836, un des premiers organes communistes-anarchistes en Espagne), «La Crónica de los Trabajadores» (1887, s. q.; organe des anarchistes-collectivistes, est surtout une publication administrative et de statistique), «El Grito del Pueblo» (1887, collectiviste-anarquiste), «La Bandera Roja» (Barcelone, 15 juin 1888, au 1 février 1889, 20 números, rédacteurs. E. Borrel, Ernesto Alvarez; hebdomadaire; collectiviste anarquiste), «La Justicia Humana» (¿1888-1889?), communiste-anarquiste), «La Revolução Social» (Barcelone, juillet, 1890, sq., en portugais), «El Condenado» (Alcoy, 1890-1893), «El Compostelano» (Santiago, 1892 sq.), «El Pan del Pobre» (Málaga, 1895, anarquiste), «Vida Nueva» (1895 sq., socialiste), «Bandera Roja» (La Corogne, ¿1897-1898?

Sobre estos periódicos habría que hacer ciertas precisiones. No creo que «El Petróleo» ni «Los Descamisados» fueran internacionalistas; más bien parecen haber sido escritos para desprestigiar a los internacionalistas y a sus órganos de prensa. Sólo en este sentido puedo decir que no he visto esos dos periódicos como obreros de la Internacional. El «Eco del Proletariado», ¿no será el subtítulo de «La Revista Social», que aparecía en Sans, en su segunda época (1885)? «El Grito del Pueblo» ¿es el que yo describo, impreso en San Martín de Provensals y que comienza en julio de 1886? «La Justicia Humana» ¿es la misma publicación que yo he visto, pero de 1886? Estoy muy lejos de haber llegado al fin de mi estudio—nunca lo repetiré bastante—, pero me temo otra vez, por el modo de citar algunos de estos periódicos, que R. Lamberet no los haya visto tampoco.

De los estudiados por mí, la ilustre autora no menciona «El Amigo del Obrero» (Barcelona, 1895-1908), «La Asociación» (Madrid, 1889-1899), «El Ateneo Obrero de Badalona» (Badalona, 1888-1903), «El Ateneo Tarraconense de la Clase Obrera» (Tarragona, 1879-1882), «Bandera Roja» (Palma, 1892), «La Defensa» (Barcelona, 1895-1896), «El Eco de los Obreros Toneleros de la Región Española» (San Martín de Provensals, 1890-1891), «Fraternidad» (Gijón, 1899-1900), «La Guerra Social» (Barcelona, 1891-1893), «El Jornalero» (Alcoy, 1889-1890), «La Labor Corchera» (Palamós, 1892), «El Obrero Católico» (Madrid, 1895-1896), «Las Ocho Horas» (Barcelona, 1885), «El Paladín sombrero» (Barcelona, 1892), «El Primero de Mayo» (Barcelona, 1896), «El Proletariado» (Sabadell, 1884), «La Protesta» (Valladolid, 1899-1902), «La Reforma Social» (Valencia, 1894), «La República Social» (Mataró, 1896-1898), «La Revista So-

cial» (Barcelona, 1892), «Suplemento a la Revista Blanca» (Madrid, 1899-1909), «El Trabajo» (Cádiz, 1899-1900), «La Tracción Ferroviaria» (San Martín de Provensals, 1893-1898), «La Verdad Social» (Barcelona, 1899), «La Voz del Obrero» (Villanueva y Geltrú, 1891), además de «El Campesino» y «El Ideal del Pueblo», ya citados antes. De éstos, «Las Ocho Horas» y «El Primero de Mayo» no son propiamente periódicos, sino hojas conmemorativas. Además, ni «El Amigo del Obrero», «El Ateneo Obrero de Badalona», «El Ateneo Tarraconense de la Clase Obrera» y «El Obrero Católico» son propiamente obreros, y por tanto no es demasiada descortesía no citarlos.

Ni Nettlau ni Lamberet citan—ni yo los he visto—cuatro periódicos que las Actas del Consejo y de la Comisión Federal llaman «socialistas»: «El Tejedor», de Gracia (5); «El Proletario», de Palma (6), y «Movimiento General», «de la Federación de Constructores de Calzado» (7).

El lector podrá ver con estas someras muestras cuán lejos estamos aún de tener una base seria de trabajo para comenzar a construir no sólo la historia de la prensa obrera, sino también del movimiento obrero en España.

En primer lugar, muchos periódicos parecen haberse perdido. Las difíciles circunstancias en que aparecieron, los pocos ejemplares publicados, la mala calidad del papel, las continuas persecuciones, requisas, incautaciones y, por si fuera poco, la tormenta de la guerra civil han hecho casi imposible la conservación de las colecciones de prensa obrera (8). Parece haberse perdido casi todo en Galicia, Asturias y Andalucía. Queda muy poco—hablo sólo de esta primera época, pero puede extenderse también a las posteriores—en el país vasco, país valenciano, Baleares, Aragón. Solamente se ha conservado bastante en Cataluña, aunque no todo ni mucho menos, y algo en Madrid.

Por las noticias que tengo, después de haber escrito desde el Instituto de Historia Social de Amsterdam—y contando con su generosa ayuda—a todos los centros importantes del mundo, no se conserva prensa obrera española correspondiente a este primer periodo, excepto en el mismo Instituto holandés y algunos números sueltos—que anoto en su lugar adecuado—en el Instituto Giacomo Feltrinelli, de Milán. En el Instituto de Amsterdam, formado con los fondos recogidos por Max Nettlau y Rocker, enriquecidos después con valiosos archivos de primera categoría, depositó Federica Montseny, hija de Teresa Mañé (**Soledad Gustavo**) y Federico Urales (**Juan Montseny**), las inapreciables colecciones atesoradas por sus progenitores, incansables militantes libertarios, fundadores o colaboradores de casi toda la prensa anárquica desde los años ochenta hasta su muerte. Gracias a este atinado gesto pudo salvarse este tesoro, que la seriedad del International Instituut vóór Sociale Geschiedenis y la hispanofilia de sus responsables—pienso sobre todo en mis amigos María Huninck, bibliotecaria, y Rudolf de Jong, director del departamento hispánico—lo ponen bien al cubierto y, al mismo tiempo, al servicio de los que buscan la verdad histórica.

(5) *Ob. cit.*, II, págs. 215 (sesión del 24 de noviembre de 1873), 264 (5 de enero de 1874) y 296 (9 de febrero de 1874).

(6) *Ibidem*, pág. 104 (sesión del 15 de agosto de 1873) y varias veces más, hasta el 6 de octubre de 1873 (pág. 164).

(7) *Ibidem*, págs. 226 (sesión del 1 de diciembre de 1873) y 257 (2 de enero de 1874), sin especificar el lugar de edición.

(8) Sobre lo que significó la guerra civil y sus consecuencias, puede verse el artículo del historiador libertario José Pairats, «Glosas en torno a nuestra épica», *Frente Libertario*, París, núm. 7, marzo de 1971.

Las fuentes, pues, son escasas o están lejos; las facilidades no existen; los medios suelen ser nulos; las posibilidades de edición, escasísimas. Para no hablar más que de mí mismo, necesité Dios y ayuda, como popularmente decimos, para poder ir a Amsterdam, vivir allí y ver de prisa—a veces demasiado de prisa—las colecciones. Pasó un año para encontrar un lugar de publicación, que esta vez fue «La Revista de Trabajo», en la sección que por entonces cuidaba, con tanto acierto, Antonio Elorza. Pero en honor a la verdad he de confesar también que tanto en Amsterdam como en casi todas las partes de España he encontrado arrobos de amabilidad y de generosa colaboración. Casi todos los archiveros y bibliotecarios de ciudades y pueblos donde apareció alguna publicación obrera desde 1869 a 1936 han colaborado conmigo para darme los datos más precisos posibles. He de destacar, entre otras muchas, la cooperación de Montserrat Condominas, bibliotecaria de la Hemeroteca del Instituto Municipal de Historia de Barcelona. Al fin del trabajo redactaré una larguísima lista de cuántos me ayudaron en esta obra fatigosísima—que también es suya—y que sólo por servicio al mejor conocimiento del movimiento obrero español continúo.

### 3. PERIÓDICOS Y TENDENCIAS

Entre los socialistas, y además de los dos jefes de fila, «El Socialista» y «La Lucha de Clases», ya citados, le enumeración no es demasiado larga: además de las hojas conmemorativas «Las Ocho Horas» y «El Primero de Mayo», están en esta primera época «Bandera Roja» (Palma), «La Emancipación» (en su segunda época, muy anterior a la fundación del partido), «La Guerra Social», «La Reforma Social», «La República Social», «La Verdad Social», «La Voz del Obrero», todos ellos antes citados—casi todos ausentes en el libro de R. Lamberet—, y «La Unión Obrera», «órgano oficial de la Unidad General de Trabajadores en España, fundada en agosto de 1888», que ella sitúa ya ese mismo año, y del que yo sólo he podido ver hasta ahora el número 10, febrero de 1896. También «El Obrero» (Barcelona, 1880-1891), dirigido por José Pamias, antiguo aliancista y delegado al Congreso de Zaragoza, miembro fundador del Partido Socialista en Barcelona, luego expulsado del mismo, puede considerarse, al menos hasta 1886, como publicación parasocialista, y de la que los socialistas dispusieron, antes de la fundación de su órgano oficial madrileño, con relativa amplitud. Socialista, aunque no oficial, es «El Obrero» (El Ferrol, 1890-1892).

No es ahora el momento de analizar en profundidad las características de los diferentes periódicos ni de las distintas tendencias, pero cabe decir al menos que la prensa socialista en este tiempo estuvo condicionada y hasta determinada por el contenido y hasta por el estilo de «El Socialista», de Madrid, y por su director, Pablo Iglesias, quien, a su vez, seguía de cerca a J. Guesde y a «Le Socialiste», francés. Es una prensa austera, sin alifios de ninguna clase, dirigida sólo a la educación de sus miembros de cara a la conquista de los poderes de la sociedad burguesa; moderadamente, pero firmemente anticlerical, antianárquico y antiburgués, dependiendo en gran medida de la manera de pensar y actuar del socialismo internacional. Creo que Juan José Morato, uno de los que mejor conocieron el periódico por dentro y por fuera, acierta cuando escribe: «Fue desde luego «El Socialista» un periódico de clase contra clase, áspero, hostil a todos, intransigente, escrito en lenguaje claro, duro más bien, y despojado de todo adorno y sensiblería... Había que realizar un trabajo considerable e implacable de diferenciación, y se realizó; había que reaccionar contra la garrulería de políticos, que hablaban de República, demo-

cracia, revolución, etc., para luego quedarse en la supresión de las Consumos, y se reaccionó»; y en otro lugar: «No era fácil que un semanario de estas condiciones y, por añadidura, poco o nada ameno, conquistara lectores, y más entre un público como el republicano, de paladar intelectual habituado a las fuertes especias con que sazonaban sus trabajos los escritores de la idea, para muchos de los cuales la República estaba ya en el horizonte sensible» (9). Sólo con motivo de la fiesta del 1 de mayo o del aniversario de la Comuna la prensa socialista se viste de fiesta e invita a su mesa a la flor y nata de los socialistas—junto con algunos republicanos—de España y fuera de España.

Mucho más difícil resulta ver claro en la balumba de la prensa anárquica. Cualquier grupo puede editar un periódico, cualquier tendencia tiene su órgano de expresión. Hasta 1886, más o menos, la prensa anarquista parece presentar un carácter común, sobre todo los años 1869-1881, pero a partir de aquí las diferencias se acentúan, especialmente entre los colectivistas y comunistas—todos ellos ácratas—, cosa no siempre fácil de distinguir, como no lo será, en la segunda época, hacerlo entre sindicalistas y anarquistas puros, y en la tercera, entre faístas y cenetistas. Sobre este punto, y contestando a una carta mía, me escribía Federica Montseny, el 8 de octubre de 1969: «La diferencia existente entre comunistas (anarquistas) y colectivistas es la siguiente: Durante muchos años, el principio de justicia social, establecido por Proudhon, Bakunin y otros pensadores en sus libros era: «A cada uno el producto íntegro de su trabajo». Pero pronto hombres que analizaron esta fórmula colectivista, principalmente Kropotkin y Malatesta, estimaron que ella entrañaba ya un principio de injusticia y el peligro de una tesorización, por cuanto los más fuertes y los más aptos podrían trabajar más y por tanto vivir mejor, poseer más que los débiles, los niños, las mujeres y los ancianos. Y entonces se lanzó la fórmula comunista: «De cada uno según sus fuerzas y a cada uno según sus necesidades». En España los primeros que lo adoptaron fueron los anarquistas andaluces, demostrando la influencia del medio, de la tradición oral, de las costumbres en la propia interpretación de las ideas. Los últimos en abandonar la fórmula colectivista fueron los catalanes, los vascos y los asturianos: Ricardo Mella murió llamándose siempre colectivista o anarquista a secas, no aceptando la fórmula comunista malatestiana. Sin embargo, hoy todo el mundo acepta, en nuestros medios, como principio básico de la nueva ordenación social por nosotros propiciada el: De cada uno según su fuerzas y a cada uno según sus necesidades.»

«El fruto del trabajo—escribía «El Productor», periódico colectivista por antonomasia, en el número 32 (11 de marzo de 1887)—aportado a la masa común por cada obrero asociado, la cuota equivalente a este trabajo, lo que por él se satisfaga al individuo, será propiedad individual y cada uno podrá hacer de ello lo que mejor le parezca»; para evitar la explotación, las materias primas y los instrumentos de trabajo serán siempre propiedad colectiva universal. El mismo periódico dedica a este tema numerosos trabajos, algunos de ellos escritos por Ricardo Mella.

Entre las publicaciones pertenecientes a esta tendencia pueden considerarse «La Solidaridad» (Sevilla, 1888-1889), dirigido por Ricardo Mella, que polemiza a menudo con «El Productor»—en el que luego colaborará—por no defender suficientemente el anarquismo-colectivismo; «La Bandera Roja» (Madrid, 1888-1889); «Bandera Social» (Madrid, 1885-1887), que cesa al refundirse

(9) Juan José Morato: Pablo Iglesias Posse, educador de muchedumbres, Barcelona, 1968 (reedición), págs. 71 y 83-84.

en «El Productor»; «Los Desheredados» (Sabadell, en su segunda época: 28 de noviembre de 1884-1886); «El Grito del Pueblo» (Barcelona, 1886), «La Revista Social» (Madrid y Sans, 1881-1885), dirigida por el notario madrileño Serrano Oteyza, que—según se lee en el prospecto—viene a defender la línea anárquico-colectivista de los congresos de Sevilla (1882) y Valencia (1883).

Entre los anarquistas-comunistas podemos incluir «Tierra y Libertad» (Gracia-Barcelona, 1888-1889), fundado y dirigido por Federico Urales, subtítulo «quincenario anárquico-comunista», en constante polémica con «El Productor»; «Ariete Anarquista» (Barcelona, 1896), «El Comunista» (Zaragoza, 1895), «El Invencible» (Zaragoza, 1895), «La Justicia Humana» (Barcelona, 1886), «El Porvenir Anarquista» (Barcelona-Gracia, 1891), «El Rebelde» (Zaragoza, 1893), «La Revancha» (Reus, 1893), «El Revolucionario» (Gracia-Barcelona, 1891?), «La Revolución Social» (Barcelona, 1889-1890), «La Tribuna Libre» (Sevilla, 1891).

Otros parecen equidistantes en esta lucha de tendencias y aun luchan por su desaparición o integración. «El Socialismo», fundado y dirigido por Fermín Salvochea (Sevilla, 1886-1891), al cambiar en el número 65 (16 de junio de 1890) su adjetivo de «socialista» por el de «comunista-anárquico», declara que sólo las diferencias existentes entre anarquistas le hicieron velar sus predilecciones por el comunismo anárquico, pero «hoy que las relaciones entre todos los anarquistas son sinceras y cordiales, habiéndose suavizado asperezas y acordado distancias, no vemos ningún peligro para la causa en colocarnos en nuestro punto puesto con nuestra bandera desplegada, a fin de que todos sepan lo que queremos y adónde vamos».

Otros como «El Proletario» (San Felú de Guixols, 1890), que se subtitula «anarquista», se propone propagar «la unión e inteligencia entre los proletarios de todos los países», declarando no querer estampar «escrito alguno que tienda a la resta o a la división de nuestras fuerzas». Alguno como «El Oprimido» (Algeciras, 1893) se declara comunista anárquico, pero sin ninguna prevención «contra los que, entendiendo que el colectivismo es necesario, niegan la eficacia del comunismo. No vemos en esto un peligro para la anarquía ni puede serlo de modo alguno la diversidad de criterio en la apreciación de principios económicos». Pero no todos siguen esta ruta pacificadora ni dan razón al optimismo de Salvochea: «Concurso de idiotas adormecidos, sin forma ni nariz—llama «El Porvenir Anarquista», ya citado, a los anarco-colectivistas—, un absurdo económico, político y sociológico.»

Una buena cantidad de periódicos se declaran anarquistas sin más, como —y para no citar sino los ya mencionados—«Acracia», «revista sociológica», o «Ciencia Social». Puede también entrar aquí «La idea Libre» (Madrid, 1894-1899), de muy rica y varia colaboración.

A fines de siglo, la polémica—una polémica que había de durar hasta nuestros días—cambió de rumbo para enfilarse hacia la distinción entre «socialistas libertarios» e «individualistas». Ejemplo de los primeros puede ser «La Protesta» (Valladolid-La Línea, 1899-1902), que polemiza frecuentemente con el individualismo de «La Revista Blanca», de la que ya hablamos más arriba, y que será el santo y seña de esta tendencia hasta la guerra civil.

En mi trabajo recojo dos periódicos católicos, los ya citados «El Amigo del Obrero» y «El Obrero Católico», muestras bien claras—sobre todo el segundo, primer periódico de este jaez que yo he visto—de lo que era por entonces el paternalismo católico obrerizante.

Un buen grupo lo constituyen los periódicos profesionales, que se reducen casi siempre a sus intereses corporativos, aunque tal vez estén dentro de algunas de las corrientes sindico-políticas o apolíticas. Pongamos en este grupo «La Asociación», «órgano de la Asociación General de Empleados de los Ferrocarriles de España» (Madrid, 1889-1899); «La Asociación», «órgano de la Sociedad de Obreros Tipógrafos de Barcelona» (1883-1889); «Boletín de la Sociedad de Impresores de Barcelona» (1890-1894); «La Defensa», «órgano quincenal de la Asociación General de Camareros de Barcelona» (1895-1896); «El Eco de los Obreros Toneleros de la Región Española» (San Martín de Provensals, 1890-1891); «El Paladín Sombrerero», «órgano de los sombrereros de España» (Barcelona, 1892); «La Tracción Ferroviaria Ilustrada», «órgano y boletín oficial de la Confederación de Maquinistas y Fogoneros de los Ferrocarriles de España» (San Martín de Provensals, 1893-1898).

Hay un curioso periódico, «El Nivel» (Barcelona, 1871-1872), subtítulo «órgano oficial de la Asociación Nacional de Trabajadores», dirigido por Enrique Cobeñas, defensor de los puntos de vista de Juan Joaquín Viralta, que libra constante polémica con la Internacional y con su mejor órgano, «La Federación».

Dos publicaciones, las dos citadas arriba, «El Ateneo Obrero de Badalona» y «El Ateneo Tarraconense de la Clase Obrera», son órganos de la institución de sus títulos, «una institución meramente instructiva», al decir de la primera, ajena—como los dos periódicos—a «todas cuantas cuestiones tienden a un fin político o religioso».

En un difícil apartado podemos meter unas cuantas publicaciones, de carácter marcadamente popular, un si es no es anarquizante, anticlerical, sin adscripción a escuela o corriente concreta. Pongamos como ejemplos «El Chornaler» (Valencia, 1883-1884), «periódico defensor dels que treballan y no menchan, enemig asèrrim dels que menchan y no treballan»; «El Jornalero» (Alcoy, 1889-1890), «semanario defensor de los intereses del obrero»; «El Porvenir Social» (Barcelona, 1894-1896), cuyos redactores se llaman a sí mismos «independientes, sin aditamento de escuela alguna sociológica, política ni religiosa»; «somos obreros—terminan—y vivimos del sudor de nuestro rostro».

En fin, y entre las publicaciones que podríamos llamar «reformistas», clasifiquemos «El Obrero», de Pamias (Barcelona, 1880-1891), sobre todo a partir de 1889, cuando se identifica con el congreso obrero posibilista de París, al que envía delegados. Como órgano de la Federación de Tres Clases de Vapor en España—continuado luego por «La Revista Social» (Barcelona, 1892)—, defendió habitualmente una actitud reformista y oportunista; «El Ideal del Pueblo» (Sabadell, 1889), «periódico defensor de la reforma económico-social». A ellos podemos adscribir también «El Porvenir Obrero» (Mahón, 1899), cooperativista, al parecer. Y digo al parecer, porque de bastantes publicaciones, como puede ver el lector, no he visto más que uno, dos o tres números, y es realmente difícil, a veces imposible, juzgar por unas pocas páginas el talante de la revista o periódico.

A la hora de dar un juicio de valor de todo este conglomerado variopinto, el sentido de la dificultad es muy agudo. Aparte del valor que toda publicación tiene como expresión de una tendencia cultural o política—en el sentido más amplio del término—, y como testimonio de su tiempo—pensemos en los más representativos portavoces de tendencias, de los que hemos hablado—, podemos considerar el valor científico, literario, artístico de las publicaciones. En este aspecto creo poder decir que en la mayoría de los casos el valor es

pequeño. Gran parte de los periódicos son—veremos luego más detenidamente—efímeros, hechos de prisa y corriendo, tienen más pálpito de acción que hábito de pensamiento. A excepción de media docena de periódicos anarquistas, todos ya mencionados, el resto no es más que repetición de lugares comunes, generalmente tomados de los clásicos autores anarquistas internacionales, exposición constante de la miseria y el dolor de la clase obrera, fórmulas utópicas de redención futura, cuando no pesadísimos estudios teóricos, donde se baraja lo divino y lo humano. Campea en casi todos los periódicos un afán de cultura enciclopedista, que va desde la literatura hasta las matemáticas, convirtiendo algunas publicaciones en verdaderas cartillas de escuela. Hay, en general, incluso en las mejores, poco estudio profundo de la realidad, una permanente carencia de análisis serios y, por otra parte, un desmesurado deseo de soluciones rápidas, fáciles, transparentes. Pero quizá sea una pretensión demasiado burguesa pedir estas peras a una prensa que carecía de casi todas las exigencias normales de una prensa normal. Tal vez su mejor servicio para el historiador de hoy—aparte su inmenso servicio de alertar y mover a las masas de entonces—sea el de recoger aquella historia trágica de ayer, demasiado desconocida y hasta a veces impenetrable para los hombres de hoy. Junto a esto, su innegable carácter internacionalista le hacía un vehículo de sensibilización universal—recuérdese lo que significó en el movimiento obrero español la Commune o las ejecuciones de Chicago—y de verdadera fraternización internacionalista. En pocos periódicos falta una o varias secciones dedicadas al movimiento internacional.

#### 4. LA GEOGRAFIA ESPAÑOLA DE LA PRENSA OBRERA

Aunque también en este terreno hemos de andar con cuidado, según lo dicho sobre la conservación de esta prensa, en general los títulos que nos quedan responden bien al espesor de las fuerzas obreras, excepto en el caso de Andalucía, muy poco representada.

De los 96 periódicos de mi estudio, 46 corresponden a Cataluña, 13 a Madrid (capital), nueve a Andalucía, siete al Levante, tres a Baleares, cuatro a Aragón, cuatro a Galicia, dos al país vasco, uno a Castilla y uno a Asturias.

Entre los lugares—ciudades o pueblos—concretos, Barcelona ocupa el primer lugar—aun descontando Gracia y San Martín de Provensals—, con 25 publicaciones. Siguen Madrid (13), Sevilla (cinco), Sabadell (cinco), Valencia (cinco), Zaragoza (cuatro), Gracia (tres), San Martín de Provensals (tres), Bilbao (dos), Alcoy (dos), La Coruña (dos), Palma (dos), Cádiz (dos). Por fin, con uno: Valladolid, Vigo, Mahón, El Ferrol, Gijón, Algeciras, Badalona, Tarragona, Vendrell, Igualada, Villanueva y Geltrú, Palamós, San Felú de Guixols, Mataró, Reus, Manresa y Sans (desdoblado la «Revista Social» en sus dos etapas).

Los periódicos reflejan mal esta variedad zonal. Tanto anarquistas, como socialistas, como federales, como burgueses católicos, miran con malos ojos el fenómeno nacionalista, unido en estas fechas a una visión de la vida muy distante de los intereses de clase. Hay, con todo, esparcidos aquí y allá, breves artículos, trozos literarios, poemas, etc., escritos en catalán, valenciano y vasco, pero su proporción es mínima, mientras por otra parte ciertos periódicos—«La Lucha de Clases» (Bilbao), «La Revista Blanca» (Barcelona), etc.—recogen en sus páginas abundante prosa antinacionalista. Sólo un periódico en

esta época—no olvido «La Tramontana» (Barcelona, 1881-1895), que aquí no recojo—está escrito—en parte—en lengua vernácula: «El Chornaler», de Valencia, bilingüe, que se inserta en esa larga corriente popular valenciana, entre sería y jocosas, humorística y cáustica, anticlerical y socializante.

Aunque editada en Barcelona, «La Solidarité Revolutionnaire» (1873) es una publicación internacional, escrita casi toda en francés, con algunos trozos en castellano, dirigida por los tres internacionalistas refugiados en España Charles Alerini, Paul Brousse y Camille Camet. Otro tanto podemos decir de «El Porvenir Anarquista» (Barcelona, 1891), continuación de «El Revolucionario» (Barcelona, 1891), redactado en castellano, francés e italiano, figurando entre sus redactores P. Bernard y el anarquista italiano Paolo Schicchi.

## 5. PROVISIONALIDAD Y MENESTEROSIDAD DE LA PRENSA OBRERA ESPAÑOLA

La provisionalidad y la menesterosidad suelen ir bastante estrechamente unidas. Basta ojear las fichas de los periódicos recogidos aquí para notar la fugacidad de los mismos. Más estables durante la primera parte de la época—«La Federación» se mantiene de 1869 a 1874—y durante el lapso de tiempo que hemos llamado antes de «relativa calma», que va de 1881 a 1899, todos se resienten, sin embargo, de las penosas condiciones en que les toca vivir.

De nuevo la necesidad de distinguir se impone. Los periódicos de carácter profesional o reformista se mantienen con relativa facilidad. «El Obrero» (Barcelona) vive desde 1880 a 1891 y aún se continúa en «La Revista Social». «Revista Social», dirigida por el internacionalista y ex aliancista José García Viñas, puede superar el obstáculo reaccionario de 1874 gracias a la habilidad, a las concesiones dolorosas y al respaldo de la Unión Manufacturera, y resistir hasta noviembre de 1880.

Larga vida suelen tener los periódicos profesionales: diez años dura, como hemos visto, «La Asociación», de Madrid; seis, «La Asociación», de Barcelona; cinco, «La Tracción Ferroviaria Ilustrada»; cuatro, el «Boletín de la Sociedad de Impresores de Barcelona».

Amplia duración consiguen también los más importantes periódicos socialistas: «El Socialista», fundado en 1886, llega pujante al nuevo siglo; lo mismo hace «La Lucha de Clases», de Bilbao, fundado en 1894. Su relativa moderación y su disciplina, al igual que su concentración, obran el milagro.

Estables aparecen también los órganos de los ateneos obreros y los periódicos católicos.

Aun entre los órganos de expresión anarquista, la diferencia es grande; en general, las publicaciones de educación sociológica—«La Idea Libre», «La Revista Blanca», «Acracia»—son más estables. Tienen también la existencia más asegurada los periódicos de tendencia colectivista—«El Productor», «Bandera Social», «Los Desheredados», «La Revista Social» (Madrid y Sans)—, en general más sosegados y teóricos. Ya hemos visto, indirectamente, la razón de tan larga actividad de «El Socialismo», de Fermín Salvochea. En cambio, basta dar una ojeada a la lista antes expuesta de las publicaciones de temple anarco-comunista para ver su repentino paso por esta vida.

Con todo, nunca fue fácil la vida de la prensa obrera combatiente, fuera cual fuera. La persecución fue siempre una amenaza, cuando no una dolorosa realidad, más o menos violenta, pero siempre tenaz. «La Federación» tuvo que cambiar su nombre por el de «El Trabajo», del 2 al 23 de junio de 1872, mientras duró su suspensión. «Ravachol» (Sabadell, 1892) muda su título, cuando arrecia la persecución, por «El Eco de Ravachol», del que conservamos un solo número. «Este periódico saldrá cuando pueda», leemos en la cabecera, anuncio que se repetirá a menudo en la historia de la prensa obrera española. «Somos anarquistas—dicen los redactores—, sí, pero a quienes se ostiga como fieras...» «El Invencible», de Zaragoza, que sustituye a «El Eco del Rebelde», de la misma ciudad, escribe en el único número que poseemos: «Si fuera suspendido, saldría otro, y luego otro, con un nuevo redactor responsable, y así hasta que no quedemos ninguno por las calles de Zaragoza.» Son los trágicos años noventa, llenos de atentados y represiones, cuando el anarquismo español—con cierto retraso sobre el movimiento general europeo—se lanzó a la desaforada guerrilla callejera: «La fuerza se repele con la fuerza; por eso se inventó la dinamita», era uno de los títulos de «El Eco de Ravachol», que enseñaba el modo de fabricarla y emplearla en un artículo parigual titulado «La dinamita».

Pero pocos periódicos se libran de las denuncias, de los procesos, de la suspensión. Ya en su número 34 (4 de octubre de 1885), el colectivista «Bandera Social», de Madrid, anunciaba la décima denuncia gubernativa. «El Productor» tenía que interrumpir su circulación del 30 de abril al 4 de julio de 1890, «por obra y gracia de quien todavía puede disponer del derecho de los demás». Tres meses también duraba la suspensión de «El Corsario», coruñés; desde noviembre de 1893 a febrero del año siguiente. No es fácil saber con precisión cuántos periódicos terminaron su vida debido a la persecución, en forma de multas impagables, o por simple suspensión gubernativa o judicial. «La redacción fue ocupada por los Tribunales de Justicia», nos dice lacónicamente «La Víctima del Trabajo», de Valencia, que reparte sus once números—con el clásico lema «Saldrá cuando pueda»—entre el 7 de diciembre de 1889 y el 10 de enero de 1891.

Pero si las causas externas que hacían onerosa la existencia de la mayor parte de la prensa obrera eran muchas y poderosas, no eran menos las internas. Los periódicos son muchos, los lectores pocos y pobres. El papel es casi siempre de mala calidad, pajizo. Los precios suelen ser muy regulares—casi siempre a 5 céntimos el ejemplar—, según los destinos de la publicación. Las páginas suelen ser cuatro, y el tamaño en folio.

Pero a pesar de los pesares, son muchos los periódicos que no imponen precio—hacen lo mismo, naturalmente, los profesionales—, sino que se contentan con la «suscripción voluntaria»: «El Comunista», «La Conquista del Pan», «La Controversia», «El Eco de Ravachol», «El Eco del Rebelde», «El Invencible», «El Oprimido», «Ravachol», «La Revancha», «La Tribuna Libre», «La Víctima del Trabajo». Algunos de estos periódicos añaden el emotivo «vive de la solidaridad»—«La Controversia», «El Oprimido», «La Revancha»—. Curiosamente, todos estos periódicos, excepto «La Controversia»—que se declara neutral entre todas las corrientes—son anarco-comunistas; no todo, sin embargo, ha de atribuirse a mayor generosidad y fraterno desprendimiento; generalmente, como hemos visto, son papeles de poco fuste, de duración muy inconsistente, sin condicionamiento de masas de suscriptores—«La Víctima del Trabajo», no admite, v. g., suscripciones—ni clientes fijos.

Otros, en cambio—y esto se hará cada vez más necesario en las etapas siguientes—, exigen el pago adelantado: «El Campesino», «Ciencia Social», «La

Federación Igualadina», «El Grito del Pueblo», «La Labor Corchera»—«la liquidación, cada mes»—, «La Lucha de Clases», «El Proletariado», «La Revista Social» (Barcelona, 1892). «El Socialista» afirma tajantemente: «No se servirá suscripción cuyo pago no se hubiese efectuado.»

De algunos periódicos—demasiado pocos—sabemos sus penurias y sus agobios. «La Solidaridad» madrileña, uno de los adelantados de la prensa obrera, vivió siempre en precario. En la asamblea general extraordinaria del 12 de diciembre de 1869, antes de su publicación, se tomó la resolución de que cada miembro de la sección pagara dos cuartos por cada número, «ínterin no pueda prescindirse de ellos por la falta de recursos». El pago se verificaba por mensualidades vencidas, mediante recibo a domicilio, y la última semana de cada mes; según el número 6 del Reglamento, la suscripción debía hacerse por adelantado y no por menos de un trimestre. Así y todo, el periódico precursor no pudo subir la cuenta de enero de su segundo año. Otro de los grandes periódicos internacionalistas, «La Emancipación», pasó por los mismos apuros. De los dos mil ejemplares tirados en los mejores tiempos, se iba bajando a menos de mil. A principios de 1873 no había más que quinientos suscriptores. El 15 de noviembre de 1872—fecha de una de las cartas de Mesa, su director, a Engels—tenía el órgano marxista 149 suscriptores en Madrid, 170 en provincias, cuatro en el extranjero, además de 25 paquetes de 25 y 110 números a dos cuartos uno, produciendo todo 566 pesetas. Cada número dejaba un déficit de 22,466 francos. Se debían 252,50, de los cuales 90 a P. Iglesias por la composición; 60 a Hipólito Pauly por composición y papel; 15 a Valentín Sáenz, el administrador, por papel y sellos. El papel de cada número costaba 162,50; los timbres, 30,06; tirada y composición, 513,50; el total alcanzaba los 868,21 francos. Se debía, por otra parte, al periódico 188 pesetas por paquetes de 25 ejemplares. El 16 de marzo, José Mesa recibió de Federico Engels cinco libras esterlinas, prolongando por unos días la agonía del semanario (10). Sobre otro periódico—más seguro al parecer—, «El Socialista», nos informa detalladamente uno de los redactores, Juan José Morato: «La verdad es que el periódico—escribe—no se leía, y cuantas tentativas se realizaban para difundirlo eran baldías, porque no interesaba, ni Iglesias hacía nada por sacarle del tono serio, machacón, de puro razonamiento, sin la menor concesión a lo ligero o a lo gárrulo, a lo sentimental». En agosto de 1886—el periódico había salido en marzo—se habían gastado las pesetas del capital inicial; se rebajó a 15 pesetas las 30 fijadas en principio para Pablo Iglesias, director y casi único redactor; se resolvió que compusieran gratis el molde los cajistas que a ello se prestaran y se abrió una suscripción permanente para el sostenimiento del semanario; las otras 15 pesetas de la retribución de Iglesias, a todas luces mísera, se reunían entre los amigos. Hasta mayo de 1902 no se pudo pagar totalmente la composición del molde. La suscripción duró hasta 1893, y sólo en 1899 la retribución de Iglesias se aumentó a 35 pesetas (11).

De suscripciones vivían muchos periódicos de toda laya. Lástima que estesmos tan mal informados sobre estos detalles tan importantes para conocer la vida de la prensa de aquel tiempo. El número 2 (20 de diciembre de 1891) de «El Porvenir Anarquista» nos da la cifra de 4.000 ejemplares para ambos números publicados, con un déficit de 18,40 pesetas. La recaudación del número 5 de «El Porvenir del Obrero» produjo 3,92, y la del número 6, 6,48 pesetas, que se entregaban a la sociedad representada por el periódico, del mismo nombre, para repartir 26 kilos de pan entre los afiliados, según sabemos por el único número que conservamos (1 de marzo de 1899).

(10) Max Nettlau: *Documentos inéditos sobre la Internacional en España*, Buenos Aires, 1930, páginas 161-195.

(11) *Ob. cit.* en nota 9, págs. 82-83 y 94.

## 6. REDACCION Y COLABORADORES

De muy pocos periódicos sabemos, con certeza, la composición de su redacción: «La Solidaridad», «El Socialista», y de éste, por Morato; de otros sabemos sólo el nombre del director: «El Obrero», «Revista Social», «La Revista Social», «El Nivel», «La Federación», etc., casi siempre por noticias exteriores a la publicación. Son rarísimos los periódicos que citan este extremo que hoy nos parece tan importante. Abundan los seudónimos y las iniciales. Casi siempre, los artículos de fondo van sin firma. Predomina el anonimato, evidentemente, en los periódicos clandestinos o semiclandestinos y en los tiempos fuertes de persecución: 1874-1881 y 1891-1898.

Los periódicos profesionales no suelen tener artículos de fuste y las firmas son pocas; los periódicos socialistas más importantes suelen reunir los nombres ilustres nacionales y extranjeros en los números de 1 de mayo y del aniversario de la Comuna parisiense, a cuyo recuerdo se junta el de Marx, fechas en que el papel se vuelve rojo o morado (algo parecido hacen los anarquistas en la conmemoración de los mártires de Chicago y de la Comuna de París). En los periódicos socialistas predominan, entre los nacionales, los nombres de Pablo Iglesias, Jaime Vera, Miguel de Unamuno, Juan José Morato, Felipe Carretero, Donato Lubén, José Mesa, Luis Aguirre, Francisco Mora, Facundo Perezagua, Antonio G. Quejido, M. Ramos Carrión, J. Pich y Creus, José Comaposada, etc. Entre los extranjeros: Pablo Lafargue, el brioso colaborador de «La Emancipación»; J. Guesde, Engels, Marx, Liebknecht, Vandervelde, A. Labriola, Kautsky, Bebel, Plekanov... A algunos de éstos escribe Iglesias—como he podido ver en la correspondencia Iglesias-Engels—pidiéndoles unas breves líneas para los números especiales.

En la prensa anarquista, los nombres «que nunca faltan» son, entre los nacionales: Anselmo Lorenzo, Federico Urales, Soledad Gustavo, Sebastián Suñé, José López Montenegro, Ricardo Mella, Fermín Salvochea, Tarrida del Marmol, Leopoldo Bonafulla, Teresa Claramunt, José Prat, etc. Entre los extranjeros aparecen continuamente textos, generalmente breves, y extractos de las obras de Bakunin, hermanos Reclus, Kropotkin, Caffiero, Luisa Michel, Víctor Hugo, etc.

A veces se transcriben trabajos largos o clásicos de los prohombres socialistas o anarquistas. Es difícil saber si los autores dieron su consentimiento o hasta quisieron que se insertasen, lo cual hemos de saber forzosamente por otras fuentes ajenas a los mismos periódicos. Lo mismo sucede dentro de España: los periódicos suelen «cortar y pegar» con toda naturalidad cualquier artículo de cualquier autor—especialmente en los periódicos anarquistas menudos—sin muchos escrúpulos por los derechos de autor.

En la prensa anarquista merece la pena destacar el trabajo de Pedro Kropotkin (Bases científicas de la anarquía, publicado por «Acracia», tomándolo de «Nineteenth Century»; de Kropotkin publica «El Corsario» «El grito de los oprimidos», en 1893; del mismo autor, recoge «El Productor», de Barcelona, en 1891, los trabajos «Las cárceles: su influencia moral sobre los presos», «El gobierno revolucionario» y «Los productos de la tierra y de la industria». De Kropotkin también, publica «El Socialismo»; de F. Salvochea, «La riqueza y la miseria»—tomado de «La Revolte» y sin citar el nombre del autor—, así como «Comunismo anarquista» y «El Salariado». De E. Reclus, publica el mismo

periódico, en 1887, «Los productos de la tierra». De Malatesta da a conocer «La protesta», de Valladolid, en 1899; el célebre «Entre campesinos», editado ese mismo año en la ciudad castellana por la Biblioteca del periódico.

De Miguel Bakunin inserta «La Federación», en 1869—«autorizados por el autor», pero sin nombrarlo—sus artículos en «Progrès», de Locle; también sin nombrar al autor, «Las adormideras», 1869; «Política de la Internacional», 1870; «Cartas a un francés sobre la crisis actual», 1870-1871; «Respuesta de un internacional a Mazzini», 1871, añadiendo: «Hemos recibido de nuestro compañero Bakounine una carta que insertamos con satisfacción»; en 1872, un extracto de «Organización de la Internacional» y «Programa de la Sociedad Socialista-Revolucionaria Polonesa de Zürich», añadiendo en este segundo caso las iniciales del revolucionario ruso; en fin, en 1873, aparecen «Dos cartas de Miguel Bakounine». Del mismo autor reprodujo la «Revista Social», de Madrid, en 1884, un extracto de «Dios y el Estado»; 56 páginas del mismo trabajo publicó «La Bandera Roja», en 1888, en versión de Ricardo Mella y Ernesto Alvarez, después de ser impreso en Madrid, en la imprenta de J. Gil y Navarro, junto con el Reglamento de La Alianza.

De Carlos Marx había reproducido, en traducción castellana, la misma publicación internacionalista, el mensaje inaugural de la Internacional, en octubre de 1869, y «La guerra civil en Francia», en septiembre-octubre de 1871. De J. Ph. Becker, el «Manifiesto a los trabajadores de los campos», en 1870.

De Marx y Engels, publica «La Emancipación», en noviembre-diciembre de 1872, traducido del francés por José Mesa, el «Manifiesto del Partido Comunista»; el mismo año había publicado «La teoría de la lucha de clases», extractada de «La miseria de la filosofía», y una carta de Marx al editor francés de «El Capital», junto con el prólogo para dicha edición; al año siguiente aparecían en el órgano marxista español extractos de la obra fundamental de Marx y el «Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores». «El Manifiesto», traducido por Mesa, volvía a salir a la luz en «El Socialista» en junio-agosto de 1886.

Basta lo dicho para mostrar cuán cercanos de la actualidad revolucionaria internacional estaban los periódicos obreros españoles, a pesar de sus medios mezquinos. A través de ellos aprendieron los militantes españoles, antes que las obras principales fueran dadas a la imprenta, los principios universales de la lucha por la emancipación social y la conquista del mundo nuevo.

Las mejores publicaciones españolas mantenían contacto e intercambio con las mejores publicaciones extranjeras. Véase, verbi gracia, la ficha de «La Federación». De aquí también la tentación de copiar lo que muchas veces hubiera sido más fértil cultivar en casa.

En el movimiento obrero internacional, España participaba muy activamente a través de la asistencia de sus delegados a los congresos, de su solidaridad en las acciones comunes internacionales, correspondencia, etc. «El Socialista», por ejemplo, tuvo hasta la muerte de ambos dos suscriptores de honor: Federico Engels y Pablo Lafargue. En los tiempos de la I Internacional llegaban al Consejo general de Londres, regularmente, «La Federación», «El Obrero» (Palma), «La Solidaridad» y «La Revolución Social», que había sustituido a «El Obrero» y que llamó la atención a Marx por su color rojo y sus «muy locas

observaciones» (12). Ya hemos visto qué estrechamente unido trabajaba Engels con los redactores de «La Emancipación», que sirvió de verdadero órgano al Consejo y fue—según el mismo Engels, en carta a W. Liebknecht, el 7 de mayo de 1872—«el mejor periódico» de la Internacional» (13).

## 7. HACIA UN MEJOR CONOCIMIENTO DE LA HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO ESPAÑOL

Después de estas ya largas notas, el lector podrá darse cuenta más clara y profundamente de lo que queda por hacer y la importancia de la tarea. Todos sentimos hoy el prurito de escribir la historia del movimiento obrero en España o, al menos, de grandes zonas del mismo, sin reparar en que la mayoría de los estudios de base están sin hacer. Y no se puede llegar a la síntesis sin pasar por el análisis. En nuestro caso, el estudio de las fuentes escritas es todavía muy deficiente. Uno siente muy a menudo sonrojo al ver el desierto de nuestra bibliografía en este aspecto. Tal vez dentro de unos años el desierto irá poblándose y hermoseándose, porque una nube de estudiosos americanos mucho mejor equipados que nosotros, ha caído sobre nuestro pobre suelo, dispuestos a llevarse—cuando se puede—nuestras fuentes históricas y a decirlo y escribirlo todo. Pueden estar bien seguros que aquí o allá encontrarán siempre facilidades de toda clase y, al fin, un buen editor. Hermoso ejemplo de competencia profesional si todos estuviéramos en igualdad de condiciones.

Mi fin no ha sido otro—me animé a hacer este trabajo cuando me crucé con él en busca de otros objetivos—que colaborar desde mi sitio a la posible historia del movimiento obrero español, entendida, sobre todo, como acicate, materia de reflexión y pista de futuro. Quien dice futuro, dice presente.

No voy a citar ninguna frase célebre para terminar esta modesta y a las veces engorrosa tarea, sobre todo cuando se tiene la conciencia de su insuficiencia y su minidimensión. Sólo quiero prometer al lector la segunda y la tercera partes de este estudio, que harán posible un estudio de conjunto—ya con todo el material sobre la mesa—y en busca siempre del definitivo.

(12) *The General Council of the first International, 1870-1871. Minutes*, Moscú, 1963-1969, página 112. Seguramente, lo que Marx llamaba «very foolish observations» era la rotunda confesión de fo bakuninista que hacía el periódico en su presentación, con su rechazo del Estado y la política. En la sesión del 7 de marzo, Engels anunciaba que el «periódico rojo» de Palma había muerto (*ibidem*, página 148).

(13) *Wilhelm Liebknecht Briefwechsel mit Karl Marx und Friedrich Engels*, editado por Georg Eckert, La Haya, 1963, núm. 69, pág. 162.